

CUESTIÓN DE TIEMPO

Seudónimo: *Víctor Lara*

Érase una vez una hormiguita que vivía al sur del bosque. Como buena hormiguita, no empleaba su existencia en otra cosa que no fuese laborar y reiterar la senda marcada por el análogo insecto que le precedía. Aquella realidad era triste y vacía, un cúmulo de días de hastío e insufrible monotonía que, de manera inmutable, le impulsaban a soñar con una vida provechosa, porque soñar es gratis y los sueños, sueños son. No obstante, de bruces despabilaba de dichas ensoñaciones y se enfrentaba a la hosca supervivencia que le pertenecía como vulgar hormiga.

De modo inexorable se sucedían las fechas, de forma inevitable la jornada siguiente era peor que la anterior, mucho más yerma y amarga. Esa era la vida que le correspondía, aunque en los recovecos de la floresta ningún otro ser parecía experimentar tan tediosa subsistencia entre soles y lunas. Se diría que, la cruz que portaba, la cargaba por iniciativa propia.

A perpetuidad acontecían amaneceres insulsos, crepúsculos anodinos, cenits fatuos y ocasos insustanciales. El insecto se limitaba a presenciar cómo la vida transcurría, imitando los quehaceres del resto de semejantes en torno a él, mientras un mar de neicia congoja amenazaba con anegar el refugio de su ventura.

Un buen día, sin previo aviso, la hormiguita claudicó: emergió a la superficie el sinsentido que colmaba su interior y se detuvo, optando por jamás abandonar el lugar en el que, por azar, se hallaba en aquel instante. Decidió no seguir adelante, sin más. ¿Para qué hacerlo, cuando nada tiene demasiado sentido? El planeta continuó avanzando pero aquel hexápodo ya no acompañó su ritmo, desfallecido por el terrible cansancio de vivir, de despertar cada vez que rayaba el alba y descubrir que la anhelada perspectiva de un mañana hermoso solo había sido el argumento onírico de su cerebro dormido e ingenuo. La palabra esperanza perdió todo su significado. El sinsabor cotidiano se convirtió en costumbre, el desaliento en proceder vital. La pesadumbre esbozó su ficticio blasón: desengaño en campo de gules, sin otro motivo que decorase la figura. Sí, poseía plena consciencia de que no resultaba un panorama halagüeño para afrontar el resto de su existencia.

Pero era el que sentía.

A su alrededor, el resto de hormigas, sin abandonar su camino, se percataba de la situación de su amargada prójima. La mayoría de ellas la vadeaba y proseguía, nada más.

Sin embargo, algunas le tendían su garra: la invitaban a incorporarse a ese mundo que no comprendía. Estas iban y venían, y en innumerables ocasiones trataron de alzar a su derrotada camarada. Fútiles intentos, pues su atormentada compañera tan solo alzaba la vista para contemplar a quien la pata le ofertaba, preguntándose por qué ningún otro ser en derredor entendía que todo era baldío. Un “no, gracias” daba por zanjado el envite.

A pesar de su embotamiento personal, advirtió que no era la única que se había sentido así. Desde su perpetuo emplazamiento llegó a vislumbrar a otros semejantes que también caían desfallecidos. Empero, por alguna misteriosa razón, estos conseguían levantarse de nuevo, como guiados por un impulso vital que nuestra hormiguita no lograba hallar en el lóbrego pozo que era su alma. Era verdad que, en cierta ocasión, sospechó que podía erguirse. No obstante, el mero esfuerzo de especular con ello resultaba sobrenatural, atroz, y desistió casi en el acto, lo cual mermó, de nuevo, su extraviada valía.

Un buen día, una criatura desconocida le tendió una mano, y la hormiguita izó la mirada. La entidad que se la ofrecía no poseía rostro visible, pues el sol se erigía orgulloso y enmascaraba a contraluz la tez del ser que le brindaba ese aferrar. El insecto no alcanzaba a distinguir más que una silueta revestida de cálida luz, que, al ofrendarle su auxilio, solicitaba su reaparición en un mundo que podía compartir con los demás. Sin descifrar la razón, la hormiguita aceptó. Cautivada por la belleza encriptada de ese radiante contorno, creyó ver un sueño, una de sus fantasías a la cual la naturaleza, por caprichoso designio, había materializado fuera de su imaginación.

La hormiguita, esperanzada, recogió la mano. Bregó contra su apatía para aferrarse con fuerza y soportar el desolador suplicio que le provocaba tamaño atrevimiento, y a pesar de que su fuero interno, vejado por la inercia, bramaba que aquello no podía ser buena idea, intentó incorporarse. Pero, cuando apenas le separaba un palmo del suelo, la mano le soltó.

Ese cruel esfuerzo fue en vano. La hormiguita cayó al suelo. La hermosa silueta se desvaneció, como si nunca hubiese comparecido allí.

Y, de nuevo sumida en la desazón, comprendió cómo debía reaccionar. Absorbió de la refulgente sombra lo que esta tuvo a bien enseñarle. Desde ese justo instante juzgó que no podía encomendarse a que la aupasen, y que, sin embargo, había de ponerse en pie, pues no quedaba más remedio. Ese orbe atiborrado de seres que era incapaz de entender era el mismo al que ella pertenecía, y no a ningún universo inherente hecho a medida que ella pudiera perfeccionar en su cabeza. Si deseaba habitar una naturaleza a la que mereciera la pena incorporarse, debía formar parte de la misma y batallar para que

esta así lo fuera. Seguirían existiendo siluetas traicioneras, seguirían existiendo hormigas anónimas que redundasen una fatua vereda sin más, pero también se toparía en su caminar con sendas amenas de recorrer, y piedras que admirar, y hojas caídas que custodiar, y ramas secas que sortear... Quién sabía qué argumento, inane o trascendental, podía convertirse en ese *algo* especial que otorgase significado a su hasta entonces aciago devenir.

Y ¿acaso que un abyecto contorno áureo le hubiese estafado implicaba que el resto de especímenes compartiesen su idéntica naturaleza despiadada? Si realizaba un esfuerzo por evocar tiempos pretéritos, un heterogéneo elenco de congéneres se había detenido para intentar socorrerla antes de la aparición de la malvada efigie. Habían tenido a bien hacer un hueco en sus vidas para dedicarle su asistencia, sin que pareciese que ello pudiera procurarles rédito alguno. Y sí, había obviado dicha ayuda. Las había sentenciado idiotas de antemano, inhabilitadas para entender que no necesitaba habitar su mismo cosmos, ya que no comprendían lo vacío que este resultaba. Pero, bajo el nuevo prisma que corregía su percepción, cualquiera de ellas podía replicar su argumento y salir victoriosa del debate. Cabía la posibilidad de que alguna de estas semejantes pudiese aportarle su granito de arena para redimir su aflicción, y que su propio prejuicio la hubiese mantenido en tierra. Había aprendido que entregarse a una imagen maravillosa podía acrecentar la zozobra de su espíritu. Así pues, ¿por qué no podía darse el caso contrario? ¿Por qué no otorgar un voto de confianza a otras hormiguitas corrientes? ¿Acaso no serían ellas más susceptibles de compartir sus mismas inquietudes, sus mismos miedos, sus mismas ilusiones? Tenía lógica. Parecía sensato colegir que no debía temer a sus compañeras, sino preguntarse si, arribado el momento, estaría dispuesta a levantar a otra si la contemplaba naufragar de igual modo que lo había hecho ella. Quizá, solo quizá, las aliadas que habían pretendido ampararla resolvieron intervenir tras reconocer en su padecer el mismo que otrora habían sufrido en sus exoesqueletos.

Tanto conocimiento adquirió de la desleal silueta revestida de sol; empero, ignoraba si le adeudaba gratitud por ello. De todas formas, ya habría lugar de comprobar si debía agradecer o no sus actos a los seres hallados en su acaecer por ese mundo compartido con los demás. Cuando se levantase. Porque lo haría. Era cuestión de tiempo.

Solo necesitaba tiempo.